

UNA VISIÓN ORGÁNICA DE NUESTROS HIJOS

El P. Kentenich define la Misión del 31 de Mayo como una cruzada por el *pensar, amar y vivir orgánicos*. Para amar orgánicamente (y esto es lo central), es preciso pensar orgánicamente. Ambas dimensiones se expresan y a la vez se aseguran en una forma de vida orgánica.

Quizás para muchos esta formulación resulte un tanto teórica. Sin embargo posee un enorme contenido vital y práctico. Cuando nuestro Padre proclamó la misión no quiso involucrarnos sólo en una lucha teórica o doctrinal (la defensa de la mentalidad orgánica y la lucha contra el pensar mecanicista). El tenía ante sí los problemas concretos del hombre de nuestro tiempo. Buscaba sanar las llagas de nuestra cultura, de esta cultura en la cual estamos inmersos.

En las reflexiones que siguen, más que explicar el contenido doctrinal de la misión, nuestro objetivo es mostrar las implicancias y aplicaciones concretas del pensar, amar y vivir orgánicos.

Este folleto considera *la importancia práctica del pensar orgánico, focalizando nuestra atención especialmente en nuestros hijos*. Es complementario al escrito anterior, en el cual nos referimos a la manera de ver y valorar a nuestro cónyuge en forma orgánica. Mucho de lo dicho allí se aplica análogamente a la manera de ver a los hijos, sin embargo, haremos algunos alcances más específicos.

1. Ver a los hijos en su relación con Dios

Regalo y tarea

Un modo de pensar orgánico lleva a considerar a las cosas y a las personas no sólo en sí mismas sino en sus relaciones. Si miro a mi hijo en forma orgánica, lo veo en su relación con Dios. Lo considero, entonces, no sólo como “*mi hijo*” o “*nuestro*” hijo, sino como *hijo de Dios*. No sólo como “*pertenencia*” mía, sino como *pertenencia de Dios*, quien me lo ha confiado como un don precioso al que debo cuidar y servir con responsabilidad y amor.

Es Dios quien trajo nuestros hijos a la vida. Lo hizo, por cierto, a través nuestro. Nosotros, como esposos, aportamos las condiciones biológicas para engendrarlo. Pero el mismo poder de engendrar también viene de Dios. Por eso decimos que nuestros hijos son un regalo, un don de Dios para nosotros. Los recibimos de él y en dependencia suya, como instrumentos suyos tenemos la tarea de educarlos y conducirlos a su realización personal.

La divina Providencia también previó los talentos que ellos trajeron al mundo, las capacidades necesarias para que cumplieran la misión que él - no nosotros- quiso confiarles. Ese hijo nuestro es un ser que Dios ha puesto en nuestras manos con sus potencialidades y limitaciones. Ha sido pensado por Dios como un ser único y original, con una misión propia. Como toda persona es un misterio, que poco a poco vamos

desentrañando y que nunca se nos revelará plenamente. El siempre es para nosotros un regalo de Dios, aunque en ciertas circunstancias ese regalo esté lleno de misterio.

Profundo respeto y aceptación

Esta visión orgánica, que ve al hijo en relación a Dios, *nos llena de un profundo respeto frente a él*. No somos dueños de hacer y disponer lo que deseemos respecto a él. No lo podemos ni educar ni “manejar” a nuestra real gana y antojo. No podemos sobreexigirlo más allá de sus potencialidades. No estamos tampoco facultados para “manipular” su desarrollo personal y profesional. Estamos llamados a respetarlo, a servirlo. que no ve al hijo trata de descubrir cuál es la vocación que Dios les dio, cuáles son los gérmenes que él puso en su corazón, cuál es su originalidad, lo propio de su personalidad. Sólo esa visión nos permite ejercer la autoridad que poseemos como padres en forma fecunda y liberadora y enaltecida.

Decir respeto implica esencialmente la actitud de aceptación. En la aceptación respetuosa de nuestros hijos se juega nuestra relación con ellos. En la medida que acogemos y aceptamos su realidad y su particular manera de ser, se establece y estrecha el vínculo que tenemos con ellos. La mayoría de los problemas entre los padres y los hijos se derivan de la actitud que pretende que el hijo sea distinto de lo que en definitiva es.

La visión orgánica de nuestros hijos hace que ellos sean de algún modo “sagrados” para nosotros; que los miremos y tratemos con sumo respeto, gratitud y responsabilidad frente a Dios. Nuestro amor paterno y materno deberá estar traspasado y animado por ese mismo tacto con el cual tratamos las cosas sagradas. No somos dueños y señores de nuestros hijos; no podemos disponer a nuestro antojo de ellos y modelarlos o “manejarlos” según nuestro arbitrio.

En otras palabras, consideramos a nuestros hijos como un regalo de Dios y un encargo suyo. Nos gozamos en lo que ellos son de acuerdo a la voluntad de Dios y no buscamos “torcerle la mano a Dios”. Ellos traen en su ser los talentos con los cuales Dios los ha querido dotar y el germen de su vocación. Nosotros no “fabricamos” su vida, sino que estamos llamados a cuidarla con respeto, a fomentarla y encauzarla de acuerdo a lo que Dios ha puesto en ellos. Miramos y vemos a Dios en ellos. Escudriñamos y tratamos de descubrir en ellos lo que Dios soñó al crearlos, el plan que él tenía para sus vidas.

El respeto deja que el tú sea lo que es. El amor y el cuidado que les profesamos se convierte entonces en servicio a su originalidad; en ayuda para que ellos descubran y desarrollen las potencialidades que Dios puso en su ser. Nuestro amor respetuoso les da alas, les regala libertad, nunca los “ahoga” con excesivos cuidados o muestras de amor.

Esta actitud de amor respetuoso, que acoge y enaltece, en ciertas circunstancias necesita corregir o, incluso, castigar. Los padres deben encausar el desarrollo de sus hijos. Sin embargo, muchísimas veces se dan abusos del castigo y éste se aplica en tal forma que hiere la dignidad del hijo y lo denigra.

Una corrección respetuosa nunca es fruto de la “rabia”; no es una “descarga” de las tensiones o problemas de los padres; nunca es arbitraria o violenta, sea de palabra o físicamente. Toda corrección debe siempre proceder del amor. El hijo debe sentir que es por amor a él que sus padres lo corrigen o le prohíben hacer algo; que las medidas que adoptan los padres son verdaderamente por su bien. El castigo nunca debe ser desproporcionado respecto a la falta, siempre debe ser adecuado y educativo (no “vengativo”). Los hijos siempre deben sentir el amor que les tenemos, la fe que tenemos en ellos; que de verdad creemos y confiamos en ellos... aunque hayan cometido una falta.

El peligro de manipular

Es importante que nos hagamos la pregunta sobre cuál es nuestra actitud fundamental respecto a nuestros hijos. Pues es posible que los sobreexijamos, requiriendo de ellos logros que van más allá de sus posibilidades. Siempre está latente el peligro de “manipular” su desarrollo personal y profesional. ¿Los escuchamos con dedicación cuando se acercan a decirnos o pedirnos algo? ¿Tratamos de intuir lo que hay en su corazón y que ellos mismos muchas veces no logran expresar con palabras? ¿Nos damos tiempo para descubrir en la oración lo que Dios ha puesto en su corazón?

No somos dueños de hacer de los hijos lo que arbitrariamente nos parece ser lo mejor. Esa sería precisamente una actitud mecanicista de parte nuestra. Esta visión mecanicista se da, como lo dijimos, cuando los vemos separados de Dios. Si no es Dios nuestro punto de referencia, si nos creemos nosotros con el pleno derecho de “educarlos” según nuestro propio parecer, entonces abrimos paso a todo tipo de manipulación de los hijos.

¿Cuántas veces nos encontramos con padres que quieren moldear a sus hijos según su capricho, según lo que ellos estiman mejor, simplemente porque calza más con su escala de valores o lo que tiene mayor aceptación en el “mercado” de la sociedad. Pues es “mejor visto” tener un hijo capaz y dotado para las matemáticas que un hijo artista; da más prestigio que el niño se saque excelentes notas, ojalá sobre el 6.5, a que “sea uno más del montón”. Pero resulta que tal vez ese hijo nuestro tiene sólo una inteligencia mediana y no brillante como nosotros quisiéramos; o no fue pensado por Dios para ser ingeniero comercial como a nosotros nos gustaría, sino un buen técnico mecánico o un excelente vendedor.

No podemos medirlos a todos con la misma vara... El amor respetuoso que brota del pensar orgánico nos mueve a adaptarnos a su realidad. Unos son más lentos espiritual o físicamente, otros más ágiles. Sólo una actitud de respeto permite adaptarse a ellos y exigirles lo que realmente pueden dar. Sabemos cuántas tensiones y angustia genera poner metas que sobrepasan las capacidades de las personas, por ejemplo, respecto al rendimiento escolar.

Algo semejante sucede con las comparaciones, por ejemplo causa frustración decirle a un hijo: “¡Mira a tu hermano, mira las notas que trae!... ¡Eres un flojo!” Se suele también descalificar a los hijos por un determinado comportamiento sin considerar las raíces del cuales éste proviene. Escuchamos el “portazo” que dio y lo reprendemos

violentamente o lo castigamos, sin percatarnos que, en el fondo, lo único que él buscaba era llamar la atención para que se fijasen en él.

No enmarcar a los hijos según un cliché preconcebido

Muchos tienden a “encasillar” a sus hijos en un determinado estereotipo, prescindiendo lo que Dios soñó con ellos, dándole importancia sólo a una faceta de su persona, como puede ser, por ejemplo, su rendimiento profesional. La gran meta que tienen muchos padres consiste en que el hijo sea un muy buen alumno, para que llegue a ser un excelente profesional. Y que ojalá estudie carreras que sea lucrativas, a fin de que alcance una muy buena situación económica y ubicación social. Lo vemos entonces en una perspectiva meramente materialista; le damos importancia sólo a esta realidad sin siquiera preguntarnos seriamente por la voluntad de Dios respecto a él y sin considerar otras facetas o talentos que Dios ha puesto en nuestro hijo, como, por ejemplo, sus dotes artísticas o su profundidad religiosa.

Las *consecuencias psicológicas* que se derivan de esta actitud no se dejan esperar: los hijos no se consideran valorados en lo que son, se sienten menospreciados, sobrepasados o encasillados según un clisé que no les acomoda. Y esto hace surgir en su alma sentimientos de profunda y contenida rebeldía, o engendra en su ser depresiones, inseguridades y complejos de inferioridad difíciles de superar.

La meditación de la vida

Recordemos en este contexto que la actitud fundamental de todo schoenstattiano es la fe práctica en la Divina Providencia. La “meditación de la vida” es uno de las prácticas espirituales más propias y originales de la espiritualidad del P. Kentenich. ¡Aplicuémosla a nuestros hijos! ¿Hemos meditado sobre ellos? ¿Lo hacemos en forma regular? Entiéndase que hablamos de “meditar” y no simplemente de “pensar” en ellos o de pedir al Señor y a María por ellos. Lo que aquí cuenta es dejarnos tiempo para considerarlos en la oración; para sopesar ante Dios su realidad, su comportamiento, sus problemas; lo que deberíamos pedirles o no, viendo todo esto a la luz de lo que Dios nos señala a través de las voces del alma (del alma de ellos), de las circunstancias y del orden de ser.

Sin duda cambiaría mucho nuestro trato con ellos si acostumbrásemos hacer esta meditación de la vida. Es conveniente hacerlo individualmente (para ver lo que nos corresponde a cada uno como papá o mamá) y también juntos, como padres.

El ejercicio de nuestra autoridad

Cuando el P. Kentenich explica el pensar y vivir orgánicos, normalmente hace alusión al cuarto mandamiento: “Honrar padre y madre”. Indica que el fundamento de este mandamiento es justamente el hecho que Dios ha transferido a los padres parte de sus cualidades (sabiduría, amor, poder, etc.) a fin de que el niño pueda ver en ellos un reflejo y representante suyo (a esto llama el P. Kentenich “ley de transferencia orgánica”). Los padres son en este sentido instrumentos de Dios. Por otra parte los hijos deben entregar aquello que deben a Dios a través de sus padres (ley del traspaso orgánico”). A ellos le tributan la obediencia, a ellos le entregan el amor, la gratitud, etc.

que de suyo le deben a Dios. Esta visión orgánica que muestra la relación de los padres (la causa segunda) con Dios (la Causa Primera), explica el porqué y el sentido del mencionado mandamiento.

Es tarea de los padres considerar, por lo tanto, su autoridad en estrecha dependencia de Dios. Es él quien los hace partícipes de su poder, de su sabiduría y de su amor, para traerlos a la existencia y regalarse a ellos a través suyo. Dios quiere que los padres sean para sus hijos una viva imagen suya, a fin de que ellos puedan experimentar vivencialmente en sus padres - y expresamente en su autoridad- su presencia y su conducción paternal. Sin embargo, la tragedia es que los padres muchas veces se separan de la fuente de su autoridad y del modelo que ella representa. En otras palabras, no son “buenos pastores” a semejanza del Buen Pastor, de Cristo. Pues es Cristo quien encarna y muestra en forma preclara como ejerce Dios la autoridad. Recordemos cómo el Señor explica a sus discípulos que ellos no deben ejercer la autoridad como “los grandes de este mundo”, que dominan con violencia, sino que, a semejanza de él, que está en medio de ellos como alguien que sirve.

Muchísimos traumas psicológicos en los hijos provienen justamente de esta raíz: la mala experiencia de paternidad. La violencia, las actitudes arbitrarias, el abandono, etc., de los padres genera en los hijos angustia existencial, inseguridad, minusvaloración de sí mismos y otras nefastas consecuencias. Pero, junto a ello, bloquea en los hijos el acceso psicológico a la persona de Dios Padre. ¡Qué distinto sería el caso si los padres reflejaran en su ser y en su actuar el modo en que Dios ejerce el poder y la autoridad! ¡Cuán necesario es que los padres se despojen de su autoritarismo; que los hijos los sientan y experimenten como un “poder de amor”, como fuente de vida y de servicio a su libertad!

2. La visión orgánica considera las etapas de desarrollo de los hijos

Considerar el pasado, presente y futuro de los hijos

El pensar orgánico, afirma el P. Kentenich, es un pensar “perspectivo”. Considera el desarrollo de las personas, sus etapas, su pasado, presente y futuro. No se queda sólo en el momento puntual. Por eso, una visión orgánica de nuestros hijos nos permite entenderlos mejor pues nos lleva a verlos y comprenderlos con propiedad en sus diversas etapas de vida, sopesando igualmente lo que han dejado en su alma las experiencias por las cuales ha debido pasar (p.ej., enfermedades, posición relativa respecto a sus hermanos, etc.), que ciertamente han condicionado su comportamiento y realidad actual.

La difícil etapa de la adolescencia

Pensemos, por ejemplo, cómo se da nuestra relación con los hijos durante su adolescencia. A muchos padres les cuesta enormemente entenderlos durante este período. Se trata, sin embargo, de una etapa que reviste una gran importancia. Sucede que de pronto el niño cambia. Y los padres pueden quedarse añorando lo que era su hijo en la etapa anterior. Quisieran continuar viendo a ese niño que siempre obedecía y que nunca mostraba una actitud crítica frente a ellos. Les molesta su torpeza; su rebeldía; las críticas que hacen; el que “duermen todo el día” o “pasan encerrados en la pieza”, tristes, melancólicos o escuchando un a música estridente, etc. Sufren con ello, se

desesperan, sin ver lo que realmente está sucediendo en ellos; sin considerar que se trata de un período decisivo en la forjación y definición de su personalidad.

Sin embargo, si los vieran más orgánicamente y captaran la importancia y particularidad de la etapa de vida por la que atraviesan, sin duda tendrían más paciencia y podrían acompañar mejor su proceso de crecimiento. Sabrían comprender la particularidad de esta etapa como una fase en que se está afianzando la conciencia del propio yo; donde se están confrontando personalmente con los valores y realidades que les ofrece la sociedad en que viven; una etapa en que se sienten “adultos” sin serlo todavía, pero en la cual deben conquistar su propia autonomía y aprender a decidir solos con responsabilidad, a moverse como un volandín en el aire, sabiendo, sin embargo, que el padre tiene el hilo de su vida sabiamente en sus manos, pero que le permite volar (a decidir y a realizar lo decidido) con libertad.

En otras palabras, los hijos están experimentando un nuevo nacimiento. Este parto, como el primero, es doloroso. Para nacer y desenvolverse como personas autónomas y responsables, necesitan también ahora de nosotros. Nuestra paciencia, nuestra compañía –lejana y a la vez cercana-, nuestro apoyo y comprensión evita que se frustre su desarrollo. Evita igualmente que se alejen de nosotros y que se sientan (impulsados por nuestra actitud negativa) a hacer justamente lo que nosotros quisiéramos obviar.

Mirar el futuro de los hijos con esperanza

Vemos así orgánicamente a nuestros hijos, comprendiendo sus diversas etapas de maduración y tratándolos de acuerdo a ellas; los vemos en su realidad actual y en su potencialidad para el futuro.

La visión orgánica nos permite considerar no sólo lo actual, lo que el hijo ha logrado hasta el momento, sino también las posibilidades que encierra para el futuro. La visión orgánica genera esperanza, porque confía y cuenta con las potencialidades que están aún en germen, pero que, con nuestro cuidado y estímulo un día darán fruto.

De esta forma se da así una “esperanza enaltecedora” por el aprecio que les tenemos y les demostramos, muy distinta a esa carencia de fe en ellos, que los descalifica diciéndoles, por ejemplo, “tú nunca sabes hacer bien las cosas”; “eres un incapaz”; “déjame hacerlo a mí, porque quiero que esto quede bien hecho”, etc.

La confianza eleva, la desconfianza paraliza, descorazona, termina induciendo a los hijos a pensar que ellos no son dignos de confianza, que “no sirven para nada”, que son lo que su padre dice de ellos.

La desconfianza genera inseguridad frente a sí mismos y frente al mundo en el consciente y el inconsciente del niño, les corta las alas. La visión mecanicista es miope, una visión orgánica, en cambio, es clarividente. No se queda atrapada en las dificultades y carencias que puede mostrar un hijo en un momento determinado. Es positiva porque lo ve en relación con Dios, porque cuenta con los gérmenes de vida positivos que lleva

en su ser y con la gracia de Dios que actúa en su corazón, con la Providencia divina, con ese Dios que siempre cree en nosotros y siempre nos tiende de nuevo su mano.

3. La visión orgánica de nuestro rol de padres

No sólo reviste importancia el modo en que miramos a nuestros hijos en forma orgánica, sino también la visión orgánica de nosotros mismos en relación a ellos.

Nos referimos concretamente a nuestro ser “relacional” de padres. Desde el momento que somos padres ya no somos más individuos aislados: somos de ellos, para ellos, con ellos. Nuestra individualidad ha quedado signada con una nueva realidad: pertenece a nuestro ser más íntimo el vínculo que nos ata a ellos. Si nuestra relación con los hijos se debilitase o, incluso, la negásemos, se desdibujaría nuestro propio ser. El hecho de haberlos engendrado nos hace responsables de ellos. En el plan de Dios, somos para ellos. De algún modo, providencia divina encarnada en sus vidas.

Las consecuencias que se deducen de este hecho son palpables: olvido de nosotros mismos; renuncia tras renuncia para servirlos; muchas veces cruz; pero, por sobre todo, la inmensa alegría de ver que hemos somos fecundos; que estamos cumpliendo la tarea más grande y hermosa: dar vida, proteger la vida y servir a la vida; de experimentar cómo esa vida que se nos confió va creciendo bajo nuestro amparo y cuidado; y que ellos poco a poco se hacen autónomos y que en nosotros han encontrado el camino hacia Dios, que en ellos nos trascendimos y perpetuamos.